

HISTORIA DE FUNDACIÓN MADRE AMPARO

El día 22 de Enero de 1912, nace en Rafelbuñol, María-Vicenta Eres Badía. Es la primera de los 4 hijos (2 chicos y 2 chicas) que conformarían la familia de Juan y María, sus padres. Un parto que a decir de la propia María-Vicenta, que lo había escuchado de su propia familia, había durado dieciocho días. Su vida transcurre como la de cualquier niña de la época; juegos de niños y el colegio son sus ocupaciones hasta que cumple los doce años. Es entonces cuando sus padres, preocupados por proporcionar a la niña una mejor educación, la envían a Valencia, donde en un colegio de internos, completa sus estudios primarios.

A los dieciséis años inicia sus estudios de Magisterio. Poco tiempo después ingresa como institutriz en la casa de los Condes de Trenor, trabajo que simultanea con sus estudios.

Una vez terminados los estudios de magisterio y abandonada la casa de los Condes, consigue aprobar las oposiciones y es destinada a Rincón de Ademuz. De allí pasaría a Puigcerdá, en la provincia de Gerona donde permanecería un breve tiempo, ya que, sin terminar el curso, fue llamada para dirigir en Valencia una casa para niñas superdotadas.

En esta residencia permaneció diez años que la formaron en el delicado trabajo de organización y dirección de centros de gran envergadura.

Al cabo de este tiempo recibió la llamada definitiva de Dios, que ya había presentado en otras ocasiones de su vida.

Después de once años de relaciones con un chico, amigo de la familia, decide que su camino está trazado en otra dirección, y a los veintiocho años ingresa en los Dominicos, acontecimiento que sus padres no pudieron ver, ya que habían muerto años atrás; su padre en el 31 y su madre en el 34. Durante cinco años de noviciado se fueron fortaleciendo sus valores espirituales de tal modo que, transcurridos esos años y nada más tomar los hábitos que habían de ser definitivos, Madre Amparo fue enviada por su orden, junto con otras cuatro hermanas, a fundar en América.

El veintiséis de Enero de 1962, sale para América con la misión de abrir casas para niños abandonados.

Cuatro fueron las casas que Madre Amparo dejó funcionando en Guayaquil, Ecuador y Quito, en los dos viajes que realizó a América. Viajes que tuvieron que ser interrumpidos por su entonces precaria salud.

Unos años después regresa a España, de donde ya no saldría por imperativos de salud (en su vida sufrió once operaciones).

Ya en España ejerce su magisterio en un colegio durante un tiempo, pero el espíritu de Madre Amparo, de lucha y entrega a los demás, la hace ir en busca de nuevos horizontes y, por conversaciones con su director espiritual, llega a establecer contacto con un sacerdote que, a la sazón, ejercía su ministerio en Villarrobledo...

Una persona muy próxima del municipio que, días atrás había conocido a Madre Amparo en un tren de regreso desde Valencia, recibió por sorpresa la visita de la Madre. Al verse se fundieron en un abrazo que, de alguna manera, podía simbolizar la acogida que, sin saberlo, le dispensaría todo el pueblo de Villarrobledo.

De la mano de los sacerdotes que en aquellos días ejercían sus ministerios en Villarrobledo, y de su recién conocida, pero ya indiscutible amiga, Madre Amparo inició la que habría de ser la culminación de su vocación religiosa. Había llegado a nuestro pueblo con otras dos religiosas, una maleta vieja y dos mudas, además de, como ella diría en algún momento, la de los días de fiesta. Con el dinero de que disponían no les hubiera llegado para comer un sólo día.

D. Manuel, el sacerdote que había hecho posible su venida a Villarrobledo, les ofreció su casa. Allí al menos, tendrían comida asegurada, ¡había que re-partir lo poco de que se disponía entre aquellas personas que venían a la aventura.

Caritas fue su alojamiento nocturno después de unos días en el Convento de San Bernardo. Un lugar muy modesto, pero al menos un techo bajo el que cobijarse hasta poder disponer de alojamiento definitivo. Ese día, dos de septiembre, el día de su llegada a Villarrobledo, quedaría impreso en la memoria de las hermanas como una fecha absolutamente imborrable por incierta. Las perspectivas no eran precisamente halagüeñas. Se les había ofrecido una gran casa donde instalarse y para llevar a cabo la obra que, desde tiempo atrás venía madurando, pero en el último momento, la oferta que generosamente se le había hecho, quedó anulada. Fue esta su primera decepción, pero siguió adelante. Durante tres meses, Madre Amparo tomó contacto suficiente con la gente de nuestro pueblo como para darse cuenta, gracias a los sabios consejos de su amigo sacerdote, de que la enseñanza, objetivo que Madre Amparo se había propuesto, no había de ser su meta definitiva. En su recorrer por calles y casas de Villarrobledo se le ofreció un panorama de niños y niñas, incluso adultos, que no le dejó dudas a la hora de decidir cual había de ser su labor en Villarrobledo. La atención a estos niños cuya maduración psicológica y mental no había llegado a su nivel óptimo: los deficientes psíquicos. No hacía sino seguir cumpliéndose en ella lo que, desde el principio de su vida adulta, se empezó manifestando en sus viajes a América: los niños. El deseo de ayudar a quienes más lo necesitan había hecho de su vida el objetivo fundamental.

No necesitó madurar la idea y pronto alquiló una pobre casa en la calle Taray, cercana a su propio alojamiento en aquellos días. Allí, junto con sus dos monjitas, empezó la tarea de rescatar del olvido a quienes tradicionalmente se mantenía ocultos, como tapando una vergüenza. Tarea que por aquel entonces ya había comenzado dignísimamente el Centro Local de Asprona.

La familia se fue haciendo mayor y la subsistencia más problemática. Las limosnas fueron llegando con exasperante lentitud, pero la Obra estaba comenzada y el espíritu inquebrantable de Madre Amparo superaba día a día todos los obstáculos. En el poco espacio de que disponían, los niños no podían desarrollar convenientemente sus necesidades de libertad y de comunicación. Hubo que dejar aquella casa que empezaba a ser insuficiente y, además causaba algunas molestias que Madre Amparo quiso evitar.

Ya tenía nuestra monja previsto el próximo alojamiento. En su callejear constante por Villarrobledo, encontró un piso en la calle Graciano Atienza que, si no reunía las mínimas condiciones de habitabilidad, al menos llenaría un tiempo hasta encontrar algo más de acuerdo con las necesidades que se iban planteando.

En esta segunda casa "vivían", por emplear un término tan condescendiente como incierto, veinticuatro niños, amén de las cuatro monjas que estaban a su cuidado (una hermana más había venido últimamente para prestar su ayuda). Resultaba el nuevo alojamiento tan insuficiente que hubo que habilitar otro piso donde pudieran dormir parte de las personas alojadas.

De este modo, cualquier persona podía ver a cerca de treinta seres humanos convivir en un piso de poco más de cien metros cuadrados. Las personas que a diario acudían a prestar su ayuda, mujeres de Acción Católica en su mayoría, no salían de su asombro al comprobar que, a pesar de todas las estrecheces, y de la carencia de medios, la Obra seguía adelante.

Retirar las camas para comer, quitar las mesas para jugar y otra vez y cada día, vuelta a empezar en un trasiego constante de mobiliario para hacer posible, al menos, la actividad indispensable. Allí Madre Amparo sufrió importantes quemaduras en ambas piernas al incendiarse la estufa que se mantenía encendida tratando de mantener una imprescindible temperatura en los fríos inviernos de nuestra tierra.

Y Madre Amparo seguía buscando. Sus niños, su constante obsesión, necesitaban un alojamiento que diese respuesta a las muchas necesidades que estas personas tienen.

Entretanto, y con tremendos esfuerzos por parte de las cuatro monjas y de un buen grupo de mujeres que entregaban a diario parte de su tiempo, su esfuerzo, e incluso su dinero, para sacar adelante un proyecto que nadie sospechaba hasta donde podía llegar dados los múltiples inconvenientes con que a diario se tropezaban.

A todas estas personas queremos agradecer su dedicación, sus esfuerzos sin medida para llevar adelante la Obra. Sin ellas, así como sin la colaboración de todos aquellos que colaboraron en los momentos difíciles, de una manera absolutamente anónima y desinteresada, hubiera sido imposible llevar a cabo la Obra que en aquellos momentos estaba dando comienzo.

Estamos en los años ochenta y Madre Amparo, que ya había cumplido sesenta y ocho, continúa incansable la búsqueda de recursos para sobrevivir. En el poco tiempo que le deja libre su dedicación a las faenas de la Casa y la atención a los niños, se dedica a recorrer, como ya se ha hecho habitual en ella, las calles, comercios, casas... escribe cartas, mantiene conversaciones telefónicas con personas, conocidas o no, que de una u otra manera puedan ayudar.

Nace por aquellos días, propiciado por Madre Amparo, que acariciaba la idea desde mucho tiempo atrás, la Orden de Hermanas Misioneras de Cristo, rama femenina de la Orden masculina del mismo nombre y a la cual ella había pertenecido en calidad de Superiora y para la atención y cuidado de sus integrantes. El día veintiuno de noviembre de 1982 queda constituida oficialmente, consagrada por el Sr. Obispo de Albacete.

Un día, alguien se acerca a Madre Amparo y le plantea su problema. Tiene un hijo con discapacidad psíquica, para el que solicita un lugar en su cada vez más numerosa familia. Madre Amparo no puede contestar de manera inmediata, ¡son muchas las bocas que mantener y muy escasos los recursos!. Al cabo de unos días, manda llamar a la familia del chico para comunicarles que, si bien las dificultades desaconsejan más admisiones, el espíritu de la Obra no admite negativas. El chico es admitido y pocos días después pasa a formar parte de la cada vez más numerosa familia. Pasa un poco tiempo y Madre Amparo recibe de esa familia la gran noticia: Francisco Marhuenda y Leocílica Domínguez, padres de Manuel Marhuenda Domínguez, quieren regalarle una casa para la Obra. Una amplísima casa donde poder instalar definitivamente y con las condiciones indispensables a tantos niños como fueran llegando. Nuestra monja no se lo cree, pide que se lo repitan. En su cabeza se mezclan al mismo tiempo grandes proyectos y grandes desconfianzas. "Si fuera verdad..." piensa.

Días más tarde queda formalizada la donación y Madre Amparo acaricia en su cartera la escritura de la concesión de la casa, una casa que sería hogar definitivo para sus niños y con la que tanto había soñado.

Y vuelve a cobrar nuevas energías. Reemprende la imaginación de proyectos que en algún momento pareció olvidar.

La nueva casa, en la calle Pedregal está en buenas condiciones. Podría ser ocupada inmediatamente, ya que cuenta con espacios mucho más amplios que las anteriores y servicios suficientes.

Pero Madre Amparo imagina algo aún mejor. "Mis niños lo merecen", que diría tantas y tantas veces. ¡Quiere reformar la casa, necesita hacer realidad el proyecto que ya se ha dibujado en su imaginación...

Con inusitado ánimo, infatigable, busca a personas que le secunden en su idea y que le presten su colaboración. Todos están de acuerdo en que el proyecto merece la pena, pero todos también se enfrentan al enorme coste que supondría una reforma de la envergadura que Madre Amparo desea.

Y de nuevo la interminable tarea de escribir, telefonear, viajar incluso, para involucrar a todos en su Obra, en su maravillosa locura. La mueve a ello lo que para ella es ya una urgente necesidad: el deseo de dar a sus niños lo que merecen, de elevarles a la categoría de auténticos seres humanos que tantas veces se les había negado.

Puesta en contacto con nuevos colaboradores, conoce al que había de ser el constructor, quien, aún a riesgo de perder tiempo y dinero por lo incierto del feliz término del proyecto, se pone a su disposición para hacer la obra e ir percibiendo el pago de su trabajo a medida que vayan llegando aportaciones. La monja ha calado tan profundamente en él, que hace de la Obra algo tan personal que arriesga incluso la continuidad de su empresa en el caso de que la afluencia de medios económicos quede cortada.

En la idea de Madre Amparo está reformar la casa en varias etapas que podrían durar siete u ocho años hasta su total terminación y siempre que las ayudas no fueran interrumpidas, pero Dios quiso también colaborar.

Cuando la obra de reforma iba avanzando y el dinero empezaba a flojear, surgía casi sin saber cómo y muchas veces sin saber de quién, el anónimo donante que insuflaba en el proyecto nuevos alientos para seguir adelante.

Un día una visita inesperada, otro día una llamada con la promesa de "cierta cantidad", otro día, un sobre con una modesta aportación y siempre el Pueblo, el generoso pueblo de Villarrobledo respondiendo, cada cual según sus posibilidades, a la permanente llamada de Madre Amparo.

Remodelaciones que habían sido pospuestas para tiempos mejores, pudieron ser llevadas a cabo inmediatamente. De tal manera todos respondieron que un año y medio después de iniciadas las obras, el día uno de Diciembre de 1985, la Casa pudo ser inaugurada ante el asombro de todos los que conocían de las primeras dificultades y, como le gustaba repetir a Madre Amparo "sin deber un duro a nadie", aunque en su interior daba gracias a Dios por la gran deuda que adquiriría con todo el pueblo de Villarrobledo que se volcó para ayudarle.

Madre Amparo descansa satisfecha en su recién inaugurada Casa. Al fin los niños tienen lo que ella había soñado para ellos. Amplísimos dormitorios, un gran comedor, salón de T.V., clausura para sus monjas, capilla, enfermería, gimnasio, jardín donde disfrutar del aire y el sol... ni más ni menos que lo que merecían. Todo ello gracias al tesón de ella misma y a la ayuda incansable e inapreciable de un buen grupo de personas que no habían regateado esfuerzos para conseguirlo.

Es el momento de organizarlo todo, buscar fuentes de financiación más sólidas y estables con el fin de no dejar el futuro de la Casa sólo en manos de la buena voluntad de quienes seguían colaborando, pero que en algún momento podría ser insuficiente, dada la importancia que ya había adquirido la Obra.

Se empezó a solicitar de los padres o familiares de los niños una aportación mensual de acuerdo con sus posibilidades.

Se gestionó ayuda de la Administración en forma de pagas mensuales para cada uno de los niños. Se solicitaron subvenciones extraordinarias de las distintas administraciones que, aunque esporádicas, ayudaban al mantenimiento de la Casa...

También por aquellos días se da cumplimiento a un deseo de Madre Amparo. Se constituye la Fundación que lleva su nombre, con la que se pretende ofrecer garantías de continuidad a la Obra y para la ingente labor que está llevando a cabo, al mismo tiempo que garantiza que, en ningún caso, la Casa puede ir a manos privadas, sino que para siempre pueda la Casa estar dedicada a estos o parecidos fines. El día diez de Julio de 1990, queda constituida legalmente y con ello se da cumplimiento a otra de las importantísimas aspiraciones de Madre Amparo.

Gracias a un gran amigo de Madre Amparo, gran aficionado, Villarrobledo pudo disfrutar durante unos años, de unos festejos taurinos de primerísima calidad. Grandes figuras del toreo, ganaderos y personas relacionadas con el mundo de los toros, colaboraron así, de manera desinteresada, para que la Obra de Madre Amparo siguiese adelante y adquiriera con estos espectáculos, resonancia fuera de nuestro ámbito local, asimismo tiempo que permitía unos ingresos extraordinarios para la mejor atención de las necesidades de la Casa.

Nuevos ingresos de niños y personas afectadas de problemas que necesitan especial atención. Nuevas admisiones que ponen de manifiesto la necesidad de este tipo de Residencias. Personas con problemas psíquicos todos ellos, amén de otros impedimentos que les hacen, a muchos de ellos, depender en todo o en parte, de quienes están al servicio de la Casa. Grandes deficiencias físicas que exigen la admisión de personas especializadas para atenderles.

Por aquellos días dos de las hermanas que habían compartido con Madre Amparo los momentos difíciles del comienzo de la Obra, decidieron orientar su vida por otros derroteros y dejaron la Casa. Un problema que se vio resuelto por la llegada de otras dos hermanas que le dieron un nuevo impulso y que prometía vislumbrar un futuro esperanzador.

Se comienza a palpar una cierta estabilidad en el funcionamiento de la Casa y, si siempre se había cumplido el objetivo fundamental del cuidado exqui-sito de los acogidos, es ahora cuando, gracias a que los recursos económicos van fluyendo con regularidad, permite afrontar el ingreso de nuevo personal para su atención; los niños gozan ahora de una atención mucho más personalizada. Desde las personas que cuidan del aseo de las instalaciones, pasando por quienes se ocupan del cuidado y atención de ropas y enseres, cocina, colaboradores que permanecen día a día, y según les permite su tiempo libre. Médico, personas que, bien como

empleados, percibiendo sus salarios y otras de manera desinteresada, hacen que el futuro de la Casa esté plenamente garantizado.

Y ella, la persona que ha hecho posible que todo llegue a este punto de coordinación y funcionamiento hasta el momento, que ha luchado incansablemente, superando un sinfín de dificultades y entregándose por entero a la labor que un día se propusiese abordar, nota que sus fuerzas se van debilitando y que el fin de sus días puede estar cerca. Es entonces cuando la Fundación empieza a cumplir la misión para la que ha sido creada y se hace cargo plenamente del trabajo que, hasta entonces, había recaído casi exclusivamente, en la persona de Madre Amparo que, hasta aquí había podido cumplir perfectamente con las exigencias que una organización tan compleja demanda.

Madre Amparo sigue siendo -lo será siempre-, el espíritu de la Casa, el que la impulsa. Nada se hace sin su consentimiento. Cualquier decisión se le consulta antes de ser ejecutada y su presencia motiva a todos, personas que atienden la casa y a los propios acogidos, para seguir adelante en el firme deseo compartido de supervivencia.

Y es entonces cuando la Casa sufre el más duro golpe. La más triste sensación de soledad se deja sentir en todos los rincones.

A las once de la mañana del día 10 de Marzo de 1993, cuando contaba ochenta y un años, muere la Fundadora, la luchadora que había entregado quince años de su vida a Villarrobledo, a sus gentes, a cuidar de sus hijos más necesitados. Ese día los cimientos de la Casa se estremecieron y una sensación de ahogo invadió todos los corazones de quienes habían vivido más de cerca todos los avatares que, desde el principio se habían ido sucediendo.

Su cuerpo, así como su espíritu, ha quedado entre nosotros en el Cementerio de Villarrobledo, y un panteón donado a la Fundación por una entrañable familia, descansan los restos de quien viviendo los últimos años de su vida entre nosotros, quiso descansar junto a los que le habían ayudado y rodeada en ese último recinto, de sus niños, los que con el tiempo fueran dejando su lugar en la tierra para reunirse con ella en el Señor.

Es entonces cuando surgen las primeras dudas sobre el porvenir de la Casa. Faltando la Fundadora parecía para algunos que se agotaban las posibilidades de continuidad de la Institución. Los más pesimistas veían tambalearse el futuro de la Casa. Se dudaba de la capacidad de trabajo y entrega de los ahora responsables directos del funcionamiento de todo el entramado que lleva consigo una institución de este tipo.

Sin embargo la sensación de vacío duró poco. No hubo titubeos y, alentados por el reto que suponía la necesidad de continuación, así como de la constante presencia espiritual de la Madre, la Casa siguió adelante, los problemas se fueron superando; entre ellos la marcha de las dos hermanas monjas el día treinta de Octubre de 1993, que durante varios años habían compartido las tareas del cuidado y atención de los niños.

Quedaba así dentro de la Institución, la única hermana, Maria Luisa, que, desde el principio de su llegada a Villarrobledo, había compartido con Madre Amparo todos los buenos y malos momentos del largo caminar hasta la realidad de que actualmente se disfruta. En ella está plasmado todo el devenir de la Casa y ella será hasta el día que Dios quiera llevarla, el recuerdo viviente de su Superiora, que pasea todos los rincones de la Casa y por las calles de Villarrobledo el hábito de Madre Amparo.

Superados todos los momentos de duda en cuanto a permanencia de la Casa, se da un nuevo impulso al ritmo de vida dentro de la Institución. Con sus cerca de cincuenta internos a los que cada día se prestan más y mejores atenciones. No en vano la Casa cuenta con una plantilla de personal en torno a veinte personas (incluido el voluntariado), el trabajo se profesionaliza y cada persona de las que atienden la Casa, hace de su labor un constante servicio a los niños, único motivo de subsistencia de la Fundación.

Cada persona sin excepción, siente como suyos a todos y cada uno de los pequeños que allí se encuentran, y viven cada momento del día como un asunto de su propio hogar. Porque los medios económicos son ahora más estables, cada niño disfruta siempre de todo lo que necesita, sin ningún tipo de limitación. Desde el vestuario apropiado para cada momento, pasando por una correcta, abundante y equilibrada alimentación, controlada en todo momento por el médico de la Casa. Una exigente higiene diaria sin concesiones para el abandono de lo más elemental, unas prácticas de gimnasia adecuada, supervisada siempre por personal especializado. La atención a las aficiones que en los enfermos menos rigurosos se dan, así como las revisiones periódicas psicológicas que cada uno necesita. Todo lo que en definitiva puede hacer la vida de estas personas más amable. Es la razón de trabajo de todas y cada una de las personas que dirigen y atienden la Casa.

Aunque siempre hablemos de niños, piénsese que en el seno de esta familia no hay establecidos límites de edad, ya que pueden ser acogidas personas de todas las edades. En la actualidad los hay desde los diecisiete a los sesenta y cinco años y permanecen en la Casa hasta la muerte si sus familiares lo desean, algo que no se da en ningún otro tipo de Instituciones.

En el año 1994 los espacios libres de la Casa se vieron incrementados con la adquisición de unos corrales contiguos que permiten disponer de un espacio mayor para el solaz de los chicos y que, en un futuro puedan ser construidos dependiendo de las exigencias que el momento pueda plantear.

Más adelante, en el año 1996, la Fundación adquirió una casa, ya construida, a las espaldas del edificio original, en la cual han sido construidas aulas que permiten una más amplia atención y prestaciones para los acogidos.

Las partes altas, primero y segundo piso, se están habilitando para dormitorios y un pequeño piso que se dedicará al alojamiento de cualquier familia de los niños que desee pasar junto a él uno o dos días y cuando las posibilidades económicas de estos no les permitan ocupar una habitación de hotel. Esta edificación, tras un periodo de reforma en el año 1998, quedará unida a la existente con anterioridad, de la manera más adecuada para que no exista ningún tipo de barrera arquitectónica que dificulte el acceso de un cuerpo a otro de todo el complejo. Ni que decir tiene que todo este gran esfuerzo viene siendo sufragado en lo económico por personas que desean mantener su anonimato y por Instituciones de las que, en su momento, se solicita la ayuda adecuada. Además de los numerosos donativos del Pueblo de Villarrobledo que ven en la Casa una respuesta a los múltiples problemas que existen en torno a este tipo de minusvalías.

Últimamente, ya en el año 1997, ha sido regalado a la Fundación un terreno en la carretera de El Provencio, que comprende una plantación de pinos adultos y una parte de tierra libre donde, si Dios sigue ayudándonos, el Pueblo sigue colaborando y los organismos implicados en este tipo de actuaciones continúan ofreciendo y acrecentando sus asignaciones, en un próximo futuro, la Fundación contará, además de todo lo ya existente, con un gran espacio en el campo

donde podrán disfrutar del auténtico ambiente natural que necesitan y que colabora para si no la remisión de la enfermedad, si al menos para que su calidad de vida se vea mejorada sensiblemente, merced a la bondad del sol y del aire libre, que completarán de manera definitiva los tratamientos de que ya disfrutaban en el interior de la Casa.

Puede decirse que, salvo en lo que se menciona como proyecto, todo es una magnífica realidad.

Es muy posible que cuando Vd. esté terminando de leer estas líneas, ya se pueda hablar de realidad absoluta, aunque para ese momento, ya habrá sobre la mesa otras ilusiones, otros motivos de lucha para ofrecer a estos niños lo mejor que en cada momento se les pueda dar y para contar con el espacio y los medios de atención para todo el que los necesite.

Por ello necesitamos seguir contando con todos los que tienen algo que ofrecer y, en nombre de los niños aquí acogidos y de los que vendrán en el futuro, la Fundación quiere agradecer a todos su colaboración e invitarles a visitar nuestra Casa, abierta a todos porque entre todos la hemos hecho.

Que Dios y Madre Amparo desde el Cielo bendigan esta Casa y a todas las personas que, en algún momento, han prestado o prestarán su colaboración.

Escrito por Antonio Martínez Sánchez, quien recogió las Memorias